



ÍNDICE

BICENTENARIOS: UNA OPORTUNIDAD PARA CONSTRUIR LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA	5
<i>Enrique V. Iglesias</i>	
DOSCIENTOS AÑOS DESPUÉS "LA SOLEDAD DE AMÉRICA LATINA"	9
<i>Gustavo Bell Lemus</i>	
LA ILUSTRACIÓN, GERMEN INTELECTUAL DE LA LIBERTAD EN EL NUEVO MUNDO	17
<i>Carlos Rodado Noriega</i>	



Carlos Rodado Noriega, Embajador de Colombia en España
Enrique V. Iglesias, Secretario General Iberoamericano
Gustavo Bell Lemus, Director de "El Heraldo", Ex vicepresidente de la República de Colombia

Los textos incorporados en este Cuaderno corresponden a las conferencias dictadas por sus autores con ocasión de la mesa redonda titulada
 "El grito de independencia de Colombia en la perspectiva del Bicentenario",
 realizada en la Secretaría General Iberoamericana
 el 27 de noviembre de 2008



BICENTENARIOS:

UNA OPORTUNIDAD PARA CONSTRUIR LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA

Enrique V. Iglesias
Secretario General Iberoamericano

Hace doscientos años se puso en marcha un proceso político, social, cultural y económico que trajo como consecuencia inmediata la terminación de los Imperios español y portugués en América, y la creación de las nuevas Repúblicas soberanas en lo que hoy denominamos América Latina. La independencia de nuestros países constituye en esencia un elemento conformador de la Comunidad Iberoamericana en tanto que Comunidad de naciones libres, soberanas e iguales. Por ello, la ocasión de los Bicentenarios representa una nueva oportunidad para continuar impulsando la construcción de la Comunidad Iberoamericana.

En las últimas Cumbres Iberoamericanas los Jefes de Estado y de Gobierno han resaltado la gran importancia de la efemérides y la necesidad de abordarla con rigor, generosidad, grandeza y altura de miras. La Secretaría General Iberoamericana, como organismo intergubernamental de apoyo institucional y técnico de la Conferencia Iberoamericana, se pone a disposición de los países iberoamericanos para apoyar la recuperación de un legado compartido y la conmemoración, con pragmatismo y visión de futuro, de unos hechos y procesos históricos que están en las raíces de nuestra identidad y de nuestra realidad actual.

En 2007 se inició el Bicentenario del traslado de la Corte portuguesa a Brasil; en 2008 el del inicio de la Guerra Peninsular en España y Portugal; en 2009 tendrán lugar los Bicentenarios de los primeros gritos libertadores en Bolivia y Ecuador; y en 2010 el de la proclamación del primer Gobierno Patrio argentino. En 2012 habrán pasado doscientos años desde la aprobación de la Constitución de Cádiz.

Precisamente la ciudad de Cádiz, una ciudad bastión del liberalismo español que gestó entre sus muros una constitución que en los inicios del siglo XIX ya supo disponer la libertad de prensa, la abolición de la tortura y la supresión de las jurisdicciones señoriales. La “Pepa”, primera Constitución española, y primera y última que contempló como ámbito de aplicación el espacio transcontinental hispanoamericano, había sido elaborada con el concurso de representantes de toda la Monarquía. Traía un mensaje revolucionario de ruptura con el absolutismo y el Antiguo Régimen, y de creación del embrión del Estado moderno, liberal y democrático. Su confección respondía a unos hechos y circunstancias históricos extraordinarios y bien conocidos que traerían

como consecuencia y como desenlace la independencia de los territorios americanos de las monarquías ibéricas de España y Portugal.

La historiografía iberoamericana más reciente nos viene recordando que las llamadas “Revoluciones liberales”, o “Revoluciones Atlánticas”, referidas generalmente a la Revolución Norteamericana y a la Revolución Francesa, completan su ciclo con las “Revoluciones Iberoamericanas” las cuales incluyen tanto a los procesos emancipadores y revolucionarios de la América hispánica como al singular trayecto lusobrasileño que, con otras pautas y ritmos, se vio inmerso en el mismo proceso general. Como han señalado diversos historiadores, “son las Revoluciones Iberoamericanas, tanto por su carácter bicontinental como por su enorme alcance territorial y humano, e incluso por su propia dimensión como experimento constitucional y republicano de una extensión sin precedentes, las que constituyen en rigor el ciclo más propiamente “atlántico” o euroamericano de los tres”.

De todo ello —del inicio de aquel proceso con el traslado en 1807 de la Corte portuguesa a Brasil, el confinamiento en 1808 de la familia real española en Bayona, la asunción de la soberanía por el pueblo y el estallido de la Guerra Peninsular— se cumplen ahora dos siglos. Las independencias constituyeron los actos fundacionales de los nuevos Estados latinoamericanos y, como tales, han pasado a ocupar un lugar de honor en nuestros imaginarios nacionales. Se trató, pues, de un fenómeno histórico de fondo, ámbito y definición plenamente iberoamericano y fue un fenómeno complejo y multidireccional. Mi país, Uruguay, se independizó finalmente tanto de Brasil, como de Portugal y de España. Centroamérica alcanza su soberanía separándose de México. Panamá nace mucho después como una escisión de Colombia. La variedad de procesos fue tan grande como diversa es hoy día nuestra Región.

Doscientos años después las conmemoraciones son un elemento ineludible en las agendas de nuestras naciones, las cuales se disponen a celebrar sus correspondientes actas de nacimiento. Pero al mismo tiempo existe espacio y plena justificación para impulsar una conmemoración a nivel iberoamericano en la que participen también Portugal y España. Porque, históricamente, se trató de un proceso que involucró a sujetos y actores de América Latina y la Península Ibérica, porque las independencias dan sentido a nuestra Comunidad, y porque, como he adelantado, los Bicentenarios representan una nueva oportunidad para avanzar en la construcción de la Comunidad Iberoamericana de Naciones. Debemos:

- Avanzar en el reforzamiento de la vigencia de la democracia y los derechos humanos en todos los países de nuestra Región.
- Avanzar igualmente en una muestra de positiva práctica multilateral que sirva al enriquecimiento del diálogo entre pueblos y como ejemplo para otros espacios geográficos internacionales donde la situación actual es más compleja.
- Aprovechar asimismo esta oportunidad para abordar algunas de las grandes deudas que aún tiene contraídas América Latina, como son las comunidades indígenas y afrodescendientes que no siempre han podido participar e integrarse plenamente en los procesos de construcción nacional.
- Trabajar en el reforzamiento de la identidad iberoamericana en todos los campos, celebrando la extraordinaria diversidad, étnica, lingüística y cultural desde el reconocimiento de nuestros elementos compartidos, como el mestizaje, y nuestras dos grandes lenguas vehiculares, el español y el portugués.

El sentido de la conmemoración de las independencias reside, en definitiva, en la capacidad

de construir hacia el futuro desde el mejor conocimiento de nuestro pasado compartido. Por ello, resulta fundamental que los Bicentenarios nos cohesionen y no nos fragmenten “ad intra”, en el seno de cada sociedad nacional, o “ad extra”, como Comunidad de naciones, evitando así resucitar querellas estériles que distraigan recursos y nos aparten de la dirección y el sentido de nuestros esfuerzos, encaminados a conseguir un futuro de democracia y desarrollo, con respeto a la diversidad étnica, cultural y lingüística.

Los Bicentenarios deben constituir una idea-fuerza que impulse con espíritu positivo todos nuestros proyectos comunes, desde los programas de cooperación aprobados a nuestro concepto de una Iberoamérica solidaria y vigorosa en el mundo. Una visión amplia y compartida de los Bicentenarios debe operar como instrumento facilitador de la convergencia entre nuestros pueblos. Desde esa perspectiva, hemos identificado varios ejes principales de actuación:

- Promoción de la Generación del Bicentenario: es un objetivo estratégico de naturaleza educativa, conseguir que la generación de 2030 sea la más preparada de la historia de Iberoamérica. A esta misión está dirigido el proyecto “Metas 2021: La educación que queremos para los jóvenes de los Bicentenarios”, de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI).
- Diseño de proyectos de innovación tecnológica y sociedad del conocimiento. Este será el tema central de la XIX Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, que tendrá lugar en noviembre de 2009 en Lisboa.
- Afirmación y proyección de la identidad iberoamericana: Consideración de nuestros tres principales orígenes —indígena, ibérico y afrodescendiente—, haciendo hincapié en el mestizaje generalizado, la historia compartida, y en la necesidad de reducción de los déficits sociales de los sectores más desfavorecidos. La Cátedra Iberoamericana y la programación de la Televisión Educativa Iberoamericana pueden apoyar esta línea de trabajo.
- Dimensión cultural. Se instrumenta en torno a proyectos como “Las Rutas de la Libertad” y el “Programa de Educación artística, cultura y ciudadanía” de la OEI, y la serie “Libertadores”, que dará a conocer al público la vida y realizaciones de los próceres de las independencias.
- Cohesión social. Se articula a partir de proyectos centrados en:
 - Compensar a los sectores sociales y étnicos más rezagados, como los afrodescendientes.
 - Aplicación y desarrollo del Convenio Iberoamericano de Seguridad Social promovido por la Organización Iberoamericana de la Seguridad Social (OISS), y que, relativo a la portabilidad de las pensiones, podrá beneficiar a 5 millones de personas en sus tres primeros años de aplicación.
 - Plan Iberoamericano de Cooperación e Integración de la Juventud 2009-2015, promovido por la Organización Iberoamericana de Juventud (OIJ). Este ha sido, junto con la crisis financiera internacional, el tema principal de la reciente XVIII Cumbre Iberoamericana celebrada en San Salvador, El Salvador, en octubre de 2008.
- Valores iberoamericanos: promoción de principios y valores del Acervo Iberoamericano como:

- la igualdad,	- el desarrollo y la consecución	- el respeto al Derecho
- la diversidad,	de los objetivos del Milenio,	Internacional, y
- la democracia,	- el multilateralismo eficaz,	- la cultura de paz.

- Proyección de Iberoamérica en el mundo: Iberoamérica como Comunidad plural y diversa, pero unida sobre la base de elementos identitarios compartidos y cohesionada en materia de los principios y valores comunes del Acervo Iberoamericano. Una Comunidad que se proyecta hacia el resto del mundo como región que puede realizar significativas aportaciones en los diferentes escenarios internacionales. El Estatuto sobre las modalidades de participación en la Conferencia Iberoamericana, aprobado en la Cumbre de San Salvador, abre Iberoamérica a los países y espacios afines lingüística y culturalmente, y a aquellos otros que deseen realizar aportaciones sustantivas a nuestra Comunidad.
- Grandes voluntariados en torno a los Bicentenarios, como la enseñanza a gran escala de la lengua española en Brasil, y de la portuguesa en los países hispanohablantes de América.
- Establecer y promover una Agenda Iberoamericana Positiva en Migración y Desarrollo que, basada en el Compromiso de Montevideo y en el Plan de Acción de Cuenca, contribuya a la humanización y gobernabilidad de las migraciones, luchando contra la trata y el tráfico de personas, promoviendo los Derechos Humanos de los Migrantes cualquiera que sea su condición, y actuando en ámbitos como la reducción de los costes de las remesas, el codesarrollo, la migración laboral temporal, la vinculación con los países de origen y la reinserción de los migrantes en los países de destino. Una visión de las migraciones que hace que los seres humanos no puedan ser considerados "ilegales" en la búsqueda de una vida mejor.

Los Bicentenarios, pues, representan esa idea-fuerza que va a continuar informando positivamente en los próximos lustros el proceso de construcción de la Comunidad Iberoamericana. La Vigésima Cumbre Iberoamericana tendrá lugar en Buenos Aires en 2010, coincidiendo precisamente con el bicentenario de la formación del Primer Gobierno Patrio argentino. Y en 2012, en la ciudad de Cádiz, coincidiendo asimismo con el segundo centenario de la proclamación de la Constitución de 1812, celebraremos la correspondiente Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno.

No se trata de coincidencias en la agenda multilateral de nuestros países, sino de la constatación de que el acceso a las independencias y la superación del Antiguo Régimen marcaron el punto de inicio de una Comunidad Iberoamericana fundamentada en los valores de la democracia, la solidaridad y la igualdad entre todos sus miembros. Otros eventos de gran relevancia para la Región, como la VI Cumbre América Latina y el Caribe-Unión Europea que tendrá lugar bajo Presidencia Española de la Unión Europea en España en 2010, o el V Congreso Internacional de la Lengua Española que será celebrado en Chile también en el mismo año, se verán sin duda imbuidos por el espíritu constructivo de los Bicentenarios.



DOSCIENTOS AÑOS DESPUÉS

“LA SOLEDAD DE AMÉRICA LATINA”

Gustavo Bell Lemus

Director de “El Heraldó”

Ex Vicepresidente de la República de Colombia

El profesor emérito de la Universidad de Londres, John Lynch, publicó recientemente bajo el título de ***Simón Bolívar - A life*** una nueva biografía del Libertador.

¿Por qué escribir una nueva vida de Bolívar? Para el profesor inglés la independencia de América resulta incomprensible sin la actuación y liderazgo del caraqueño y anota que, a pesar de la gigantesca obra que se ha escrito en torno a su vida y sus actos, la vida y la obra de Bolívar continúan siendo un tema repleto de interrogantes y polémicas, y sus motivos íntimos y su proyecto último siguen planteando un reto a los historiadores. A este respecto, sin embargo, Lynch señala “Este reto es más una cuestión de interpretación que de hechos...”

Cuando estamos a escasos meses de conmemorar el segundo centenario de los movimientos políticos que se originaron en 1810, y que habrían de concluir con la liberación de las colonias hispanoamericanas del dominio de la metrópoli, creo que el reto al que se refiere el historiador inglés con respecto a Bolívar es también extensivo a la historia de estos doscientos años de vida independiente.

El advenimiento del Bicentenario, como es apenas natural, dará origen a un torrente de conferencias, libros, ensayos y reflexiones sobre todo el proceso de ruptura política que se vivió del otro lado del océano, al final del cual un conjunto nuevo de estados independientes emergió en el escenario de la geopolítica mundial. ¿Cómo abordar desde la contemporaneidad tal acontecimiento de la historia moderna? ¿Desde qué perspectiva se puede hacer un balance de lo ocurrido desde entonces? ¿Frente a los objetivos que en ese momento se trazaron los líderes de la Independencia? Si se buscaba básicamente la libertad política y la independencia económica, ¿hoy somos más libres, más independientes en términos económicos? Si éramos una sociedad de castas, ¿hoy somos más igualitarios? Si, como lo señalaban en su momento los principales ideólogos de la Independencia, se nos había impedido la llegada de la Ilustración a nuestras sociedades por la Santa Inquisición, ¿las luces llegaron posteriormente con la libertad?

Son estas algunas de las preguntas que sin duda marcarán las reflexiones que desde ya se han empezado a hacer con ocasión del bicentenario de los movimientos surgidos en Hispanoamérica en 1810. Reflexiones muy pertinentes en realidad, sobre todo en una coyuntura como la actual en la que el tablero de la geopolítica mundial se halla bastante movido con nuevos actores abriéndose paso a la primera fila de los protagonistas.

Con una diferencia de pocas semanas se ha publicado este semestre, también de un académico inglés, Gerald Martin, y bajo el título ***Gabriel García Márquez - A life***, la biografía de quien es considerado el escritor más influyente en la historia contemporánea de América Latina, y por algunos, el heredero de Cervantes.

En principio no habría nada de particular en estos dos trabajos, fuera de que vendrían a confirmar una vez más la rigurosidad de la academia británica en el estudio de nuestra historia. No obstante, me valdré de esa coincidencia para intentar un balance de estos doscientos años, que bien podrían denominarse no cien, sino “doscientos años de soledad”.

El próximo diez de diciembre se cumplirán 26 años de la ceremonia que tuvo lugar en Estocolmo en la que la Academia Sueca de Ciencias hizo entrega formal del Premio Nobel de Literatura a Gabriel García Márquez.

Horas después García Márquez leyó su discurso de aceptación titulado “La soledad de América Latina”. ¿Se trató de un discurso político o pudo más su vena poética para escribir una bella reflexión sobre el destino de nuestro subcontinente en el mundo contemporáneo? ¿Cómo leer ese discurso hoy, veintiséis años después? ¿Aún tienen validez los reclamos que García Márquez les hizo a los europeos aquella noche de invierno de 1982?

Sin duda el Nobel colocó a García Márquez en la cima del mundo y le concedió una audiencia única, que envidiaría cualquier líder político para denunciar las injusticias en nuestro continente o las agresiones que por esos años habían hecho los Estados Unidos en nombre de la defensa de la democracia y la libertad.

Y hubiera podido ser lo más lógico si tenemos en cuenta el contexto político del mundo en 1982. No olvidemos que con la llegada de Ronald Reagan a la presidencia de los Estados Unidos en 1981, la guerra fría había entrado en uno de los períodos más álgidos desde su iniciación a fines de la década de los cuarenta. Las intervenciones de la CIA en varios países centroamericanos se incrementaron considerablemente: El Salvador y Nicaragua, fueron los que más sufrieron la política de contención de los Estados Unidos de lo que muchos veían como una inminente ola revolucionaria, luego del triunfo del Frente Sandinista Liberación Nacional.

De otro lado, en abril de 1982 había tenido lugar la guerra de las Malvinas en la que Estados Unidos se había puesto del lado de su principal aliado en el Atlántico Norte, Gran Bretaña –en ese momento liderada por Mrs. Thatcher– dejando de manifiesto cuáles eran las prioridades de sus lealtades políticas.

En términos económicos y sociales, América Latina vivía con intensidad los estragos de lo que se denominaría más tarde como la década perdida: la mayoría de nuestros países declararon la moratoria del pago de sus deudas externas y experimentaron un retroceso social sin precedentes condenando a millones de hogares a la pobreza.

El momento se prestaba, entonces, para que García Márquez hubiera aprovechado la audiencia que le daba el Nobel y leyera un discurso eminentemente político, que fuese consistente y consecuente con su reconocida militancia a favor de la izquierda y del socialismo. En otras palabras, se hubiera esperado que Gabo leyese un panfleto político, que quizás a nadie le hubiese sorprendido. Sin embargo, no lo hizo.

“La soledad de América Latina” se puede leer aún hoy como el discurso de un escritor comprometido con la causa de su continente, como el pensamiento de un hombre de su tiempo histórico y que ha vivido intensamente los destinos colectivos de la sociedad donde nació: América Latina.

La tradición desde Bolívar

Una detenida lectura de *La soledad de América Latina*, permite apreciar que, en líneas generales, Gabo sigue muy de cerca el tono asumido por la mayoría de los intelectuales latinoamericanos –desde el mismo Bolívar– frente al mundo, y en especial frente a Europa, cuando de referirse a nuestros males se trata. Esto es, la incompreensión de nuestras vicisitudes históricas, nuestra compleja y aún acabada identidad cultural y nuestro aislamiento frente al resto de los pueblos del mundo. En una palabra: nuestra soledad.

En este orden de ideas, se podría decir que Gabo le rinde un homenaje a Bolívar al retomar los principales planteamientos que el caraqueño hiciera en su célebre “Carta de Jamaica” de 1815. (Posteriormente, en 1990, Octavio Paz volverá sobre algunos de ellos en su discurso de aceptación del Nobel, “*La búsqueda del presente*”)

La maravillosa realidad

En su discurso de Estocolmo, García Márquez recuerda los primeros testimonios que tuvieron los europeos sobre esta parte del continente para subrayar la forma tan asombrosa como los navegantes describieron nuestra realidad física. Desde Pigafetta hasta los últimos cronistas españoles, la visión que siempre se tuvo en el viejo continente de América fue la de una tierra donde lo real era lo maravilloso, donde todo era vasto y exagerado. Habría que anotar que esa visión giraba casi en su totalidad en torno a nuestra geografía física, a la extraordinaria naturaleza de nuestros territorios, a sus enormes ríos, a su esplendorosa vegetación.

Sin embargo, es preciso tener en cuenta que pasado el primer siglo de la conquista, los relatos y narraciones sobre esta parte de América quedaron circunscritos a un público muy reducido y casi exclusivo de súbditos de la Corona española.

No obstante, una vez consumada la independencia y abiertos los territorios a los súbditos del resto de las naciones europeas, a las fantásticas visiones que ya existían sobre nuestra naturaleza se le vinieron a sumar las extravagancias de los nuevos gobernantes republicanos, sobre las que Gabo dio algunas pinceladas en sus palabras, y más tarde las tragedias vividas por los países del cono sur por cuenta de la confrontación ideológica que sobrevino con la guerra fría.

Según García Márquez, es la imposibilidad de asir esa realidad, que él califica como descomunal, el nudo de nuestra soledad. Pero es también la razón del porqué los europeos tratan en vano de conocernos mediante criterios que no son aplicables a ella. “*La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios*”, señaló Gabo ante el auditorio de Estocolmo.

Nuestra realidad causa perplejidad y asombro, pero por lo mismo disuade a la intelectualidad europea de intentar captarla y comprenderla en toda su integridad.

Fue esa misma impotencia de la que Bolívar dejó constancia en los primeros párrafos de la Carta de Jamaica, cuando, a la solicitud de un comerciante inglés, dijo tener serias limitaciones para hacer predicciones sobre el futuro de nuestros países:

"Así, me encuentro en un conflicto, entre el deseo de corresponder a la confianza con que usted me favorece, y el impedimento de satisfacerla, tanto por la falta de documentos y libros, cuanto por los limitados conocimientos que poseo de un país tan inmenso, variado y desconocido, como el Nuevo Mundo. En mi opinión es imposible responder a las preguntas con que usted me ha honrado. El mismo barón de Humboldt, con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos, apenas lo haría con exactitud, porque aunque una parte de la estadística y revolución de América es conocida, me atrevo a asegurar que la mayor está cubierta de tinieblas y, por consecuencia, sólo se pueden ofrecer conjeturas más o menos aproximadas, sobre todo en lo relativo a la suerte futura y a los verdaderos proyectos de los americanos..."

Nos desconocemos

Esas serias limitaciones epistemológicas son las que aún nos hacen unos desconocidos para nosotros mismos. Bolívar había dicho *"no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles..."* Y Gabo, en otro poético discurso que sigue los mismos trazos del discurso de Estocolmo, *Por un país al alcance de los niños*, luego de recordar cómo y con quienes llegó Colón a nuestras tierras y lo que ese hecho les significó a los indígenas que las habitaban, señala: *"Cinco siglos después, los descendientes de ambos no acabamos de saber quiénes somos"*. Octavio Paz también se lo repitió a los mismos suecos ocho años después que García Márquez: *"Somos y no somos europeos. ¿Qué somos entonces? Es difícil definir lo que somos pero nuestras obras hablan por nosotros"*. Es, en otras palabras, lo que escribiera Vargas Llosa en 1985 al referirse al problema de integrar nuestras sociedades: *"En todo caso, hemos sido incapaces de materializar ninguno de estos objetivos y aún estamos tratando, como al ingresar en la historia de Occidente, de saber qué somos y qué signo tendrá nuestro futuro."*

Es entonces la pesadumbre de no saber aún a ciencia cierta lo que somos, lo que nos hace sentir solos y aislados en el mundo. Soledad que, según Gabo, se acentúa al constatar que los europeos poco hacen para revisar su tradicional forma de vernos.

No obstante esa especie de reclamo al viejo continente, García Márquez reivindica el derecho que nos asiste en la búsqueda de una identidad propia por muy ardua y sangrienta que sea, como fue la de los mismos europeos.

Y creo que está ahí lo más esencial del discurso de Gabo de 1982, dirigido más que a los europeos a nosotros los latinoamericanos: *"América Latina no quiere ni tiene por qué ser un alfil sin albedrío, ni tiene nada de quimérico que sus designios de independencia y originalidad se conviertan en una aspiración occidental"*.

Y más adelante García Márquez es más explícito en sus palabras cuando dice:

"No obstante, los progresos de la navegación que han reducido tantas distancias entre nuestras Américas y Europa, parecen haber aumentado en cambio nuestra distancia cultural. ¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social? ¿Por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países no puede ser también un objetivo latinoamericano con métodos distintos en condiciones diferentes? No: la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultado de injusticias seculares y amargas sin cuento, y no una confabulación urdida a 3 mil leguas de nuestra casa. Pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído, con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como si no fuera posible otro destino que vivir a merced de los dos grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad."

Era, pues, meridianamente claro el mensaje de García Márquez en su discurso; si bien inspirado en la poesía, no dejaba de ser un discurso político de alegato, no precisamente en favor de ninguna revolución socialista, sino del derecho de nuestros pueblos a *"tener una vida propia en el reparto del mundo"*.

Han transcurrido veintiséis años desde que Gabo pronunciara su discurso en Estocolmo y muchas son las preguntas que él nos suscita. ¿Son hoy los europeos más solidarios con nuestros sueños? ¿Qué tanto han avanzado en sus intentos de conocernos más y mejor? ¿Qué tanto hemos avanzado nosotros mismos en la construcción de sociedades más solidarias y equitativas? ¿Podemos aplicar la perspectiva de 26 años al bicentenario?

Lo primero que habría de tener en cuenta al momento de hacer ese ejercicio especulativo, es el cambio profundo que experimentó la geopolítica mundial luego de la caída del muro de Berlín en 1989, la disolución de la Unión Soviética y el fin de la guerra fría. Para muchos, semejante acontecimiento significó el fin del siglo XX y el inicio del XXI y para Latinoamérica un hecho innegable: en la configuración de las nuevas prioridades de Estados Unidos y Europa, quedamos relegados a un segundo plano. Y luego, con la emergencia de China como gran potencia económica mundial, al último de los planos. La verdad es que, salvo en el tema de los Derechos Humanos y del Medio Ambiente, el interés por nuestros asuntos políticos o sociales perdió adeptos en el viejo continente.

Las cosas, por nuestro lado, no fueron ni han sido las mejores. Aunque en el plano político, con la sola excepción de Cuba, el sistema democrático se estableció en todos los países, para nadie es un secreto que muchos de los valores propios de la democracia aún están incipientes en nuestras sociedades y en algunas de ellas bajo amenazas. Lejos de haberse consolidado, la democracia se halla en un incierto camino y nada se puede asegurar con certeza sobre su permanencia y fortalecimiento.

La democracia, sin embargo, ha tenido muchas virtudes, entre otras, la de poder encarar sin tapujos los horrores de las pesadillas vividas por varios de nuestros países bajo las dictaduras militares y castigar, hasta donde ha sido posible, a sus responsables. Todos sabemos, no obstante, que aún hay muchas heridas abiertas que no nos dejan soñar la utopía de la vida a la que se refirió Gabo.

Empero, si bien en el plano político podríamos decir que en estos veintiséis años hemos avanzado notablemente, no podemos decir lo mismo en materia económica y social. Por supuesto que hay avances, pero ellos no se compadecen con el tamaño y urgencia de nuestras necesidades, ni con el crecimiento demográfico.

En términos de productividad y de intercambio comercial hoy América Latina y el Caribe representan menos en el concierto mundial. En 1980 participábamos con el 7.2% del comercio mundial, hoy con el 6.1%

De otro lado, de acuerdo con un estudio reciente de la Cepal, América Latina y el Caribe presentan las mayores desigualdades del mundo en la distribución del ingreso. Según el mismo estudio, nuestra desigualdad no solamente excede a la de las otras regiones, sino que además se mantuvo invariable durante la década de 1990 e incluso empeoró a comienzos de la presente década. Aunque hubo leves mejorías en algunos países, la situación aún se mantiene como hace quince años. En cifras, ello significa que el 40% de la población más pobre recibe el 10% de los ingresos totales y el 20% de la población más acomodada recibe más del 60% de éstos.

De acuerdo con el mismo estudio de la Cepal, el porcentaje de población en situación de pobreza en América Latina en 1980 era del 40.5 % y en 2005, veinticinco años después, ¡39.8%! ¡Es decir, tan sólo se redujo en 0.8%! En términos de población, en 1980 eran 136 millones y hoy son 209.

No ha sido, entonces, una década perdida, ha sido un cuarto de siglo perdido. Que en esta era del conocimiento es más dramático aún su costo en términos de rezago y aislamiento.

Para los analistas de la Cepal, lo anterior es debido a que muchas de las políticas macroeconómicas en América Latina se han ejecutado “sin rostro humano”. Los frutos del crecimiento económico reciente de la región no se reparten equitativamente. Como consecuencia de ello, hoy los ricos son más ricos y los pobres más pobres. Lo que es peor, quienes sufren las mayores consecuencias de esa situación son los niños, de ahí que el estudio que hemos mencionado de la Cepal se titule “La pobreza en América Latina y el Caribe aún tiene nombre de infancia”.

La demencia aún se pasea por nuestros países

Para hacer mención de los desvaríos de nuestra historia que no acabaron con la independencia, Gabo señaló varios casos de verdadera demencia de nuestros gobernantes y lo que ellos representaron en términos de vidas humanas para nuestros pueblos. Desde pintorescos dictadores del siglo XIX, hasta los más sanguinarios de la segunda mitad del siglo XX.

Hoy, veintiséis años más tarde, ¿qué podemos decir al respecto? ¿Hemos encerrado para siempre a los dementes? ¿Las atrocidades cometidas por los regímenes fascistas, ya son cosas del pasado?

Por desgracia, con sólo contar las barbaridades que en Colombia han cometido en ese lapso tanto la guerrilla como los paramilitares, tendríamos para constatar cuán delgada sigue siendo aún la corteza de nuestra civilización. Por muchos años más habrá miles de viudas y huérfanos deambulando por nuestro territorio tras las pistas de sus familiares asesinados y descuartizados por los paramilitares y los grupos guerrilleros, sobre cuyo lugar de entierro nadie sabe. Colombia tuvo hasta este año el dudoso honor de ser el único país donde había niños que desde que nacían ya estaban secuestrados. Son tantas las historias de salvajismo que los periódicos y los cronistas no dan abasto para cubrirlas todas, porque apenas hasta ahora y en medio de muchas limitaciones los colombianos estamos empezando a conocer las verdades de un conflicto del que no sabemos cuántas víctimas produjo y sigue produciendo.

¿Cómo han sido las cosas más allá de las fronteras colombianas? Los argentinos, uruguayos, chilenos, los peruanos tienen mucho que decir al respecto.

Durante estos veintiséis años nuestros países han visto también surgir una maldición que nos devora miles de vidas y arrasa con lo mejor que la naturaleza nos dio: el narcotráfico. Por obra y gracia del apetito voraz e insaciable de los países industrializados que la consumen para soportar el frenesí del ritmo de vida que les impone el mundo contemporáneo, la cocaína destruye más de lo que sus ganancias económicas dejan. Miles y miles de hectáreas de nuestros bosques se consumen anualmente en esa hoguera cuyo combustible viene de afuera. Lo dicen las voces sensatas: mientras los países consumidores de drogas no disminuyan ese apetito voraz y el negocio sea ilícito, en la ardua marcha hacia el desarrollo estaremos condenados a pedalear en una bicicleta estática.

El problema, lo sabemos todos, no es exclusivo de los países andinos que producen la hoja desde tiempos inmemoriales. Sus devastadores efectos se extienden por todo el continente socavando gobiernos, corrompiendo autoridades y sembrando violencia por doquier, en un cuento aún de nunca acabar.

La utopía de la vida

El panorama, pues, de estos cinco lustros desde que García Márquez habló de la soledad de América Latina no es muy alentador. ¿Estamos doscientos años después, como el General, atrapados en un laberinto? ¿O ya puede bajar tranquilo Bolívar al sepulcro?

En sus últimos días Bolívar escribió precisamente desde Barranquilla, la ciudad de donde vengo, sus reflexiones más sombrías sobre su vida que se le apagaba inexorablemente: "La América es ingobernable...la única cosa que se puede hacer en América es emigrar...devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos...si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último período de la América..."

En algunos aspectos tal vez podríamos decir que hemos retrocedido a la Edad Media: señores de la guerra se disputan el control de territorios, el fanatismo renace y en varios países se suprimen sistemáticamente libertades democráticas. De este lado del océano, los hispanoamericanos vemos con asombro cómo, mientras valoramos más que nunca la lengua que nos dieron nuestros antepasados como el mejor y más eficaz instrumento para no sentirnos solos, aquí en la tierra de Cervantes, de Quevedo, de Machado y de tantos otros, el castellano se halla a la defensiva y se le quiere desterrar de algunas comunidades autónomas. ¿Dejaremos de hablar todos un mismo lenguaje? ¿Nos condena ello a más soledad?

¿Dónde encontrar, entonces, un espacio para el optimismo? ¿Dónde buscar luces de esperanza? En la vida misma, como lo insinuó García Márquez, en un tipo de vida en sociedad que se quiera más a sí misma. Esto, que podría pasar por un planteamiento romántico e iluso, sin embargo, ya ha empezado a ser motivo de reflexión desde la filosofía y cada vez permea más el pensamiento de los diseñadores de políticas públicas e incluso de los economistas.

Al respecto, creo pertinente traer a colación lo que un filósofo italiano, Gianni Vattimo escribió a propósito del contraste entre los países anglosajones y los latinos con ocasión de varias visitas de trabajo a España.

Para Vattimo pareciera claro que España y las sociedades con una marcada herencia latina, pueden oponerle "a la idea de una racionalización y modernización "weberiana", capitalista-ascético-protestante, una concepción de la modernidad menos rígida, mecánica, y, en el fondo, represiva." Para este filósofo, los países que evolucionaron hacia la modernidad guiados por esa racionalización terminaron atrapados en una jaula de acero y hoy buscan la posibilidad de una existencia diversa en la que esa jaula no necesite ser ni tan rígida ni tan implacable.

Para Vattimo un pasaje que franquee esa modernidad puede encontrarse "en aquellas culturas que, hasta ahora, han compartido menos el programa de la modernización y la empresa de racionalización rigurosa impuesta tanto a la economía como a la vida social y a la misma existencia individual. **Si lo moderno estuvo guiado por las culturas anglosajonas, ¿no podría la posmodernidad ser la época de las culturas latinas?**"

Me atrevo a sugerir que ese debiera ser uno de los temas que abocáramos todos, ustedes y nosotros, en las reflexiones sobre los doscientos años de la Independencia.



LA ILUSTRACIÓN, GERMEN INTELECTUAL DE LA LIBERTAD EN EL NUEVO MUNDO

Carlos Rodado Noriega

Embajador de Colombia en España

Las colonias españolas de América tenían suficientes razones para reclamar y luchar por su independencia. Más de 300 años de dominación ibérica; discriminación étnica y social; cargas tributarias gravosas para financiar el expansionismo y las guerras de la metrópoli con otras naciones; restricciones al comercio de las colonias a las cuales se les impedía que comerciaran entre sí o con países diferentes a España; ausencia o mínima participación de los nativos, incluidos los criollos hijos de españoles, en las instituciones gubernamentales o de representación creadas por la Corona. Pero la inconformidad generada por estas circunstancias necesitaba un sustento ideológico y político que le diera legitimidad a sus aspiraciones de libertad. En ese contexto, las ideas de la Ilustración fueron la fuente de inspiración de los movimientos independentistas en los países del Nuevo Mundo y, por lo mismo, contribuyeron a la consolidación de una autonomía perdurable.

Se denomina Ilustración a una corriente de pensamiento que prevaleció durante el siglo XVIII en Europa. Tuvo antecedentes en Inglaterra y Escocia en el siglo XVII, pero se considera en gran medida un movimiento de ideas que tuvieron un gran arraigo en Francia y rápidamente emigraron a otras naciones. Por supuesto, como en el mundo de las ideas no existen las fronteras artificiales que se han trazado en la geografía universal, el mensaje filosófico y político llegó a América con una rapidez inimaginable para una época en que no existían el Internet ni el desarrollo de las telecomunicaciones que vemos hoy en día.

La Ilustración se fundamentaba en el poder ilimitado de la razón para entender la naturaleza, transformarla y ponerla al servicio de la sociedad. Por lo mismo, se confiaba en la capacidad racional para gobernar a los pueblos y promover su bienestar. Todo se reduce a la razón y la experiencia sensible, y lo que ellas no admiten no puede ser creído. La búsqueda de la verdad o incluso de una causa suprema como Dios, debían lograrse a través de la razón. Era una ruptura con el fanatismo, la tradición y la superstición que habían dominado el pensar y el actuar de la inmensa mayoría de las personas desde la Edad Media, conocida también como la Edad Oscura.

Pero los fenómenos de la historia no surgen de manera casual sino que siempre tienen antecedentes que los han precedido. En algunos casos, las chispas de la intuición humana, que se encienden en la mente de algunos visionarios, son como semillas de conocimiento que sólo esperan una mano de la posteridad que las coloque en suelo fértil para germinar. En otros casos, el hallazgo o el descubrimiento lo logra el observador intuitivo, pero necesita una teoría que lo explique y complemente.

Si se mira cuidadosamente la evolución del pensamiento humano, es claro que toda la filosofía de la Ilustración no habría sido posible sin Copérnico, Galileo, Newton y Leibniz. Y si se analizan retrospectivamente los acontecimientos históricos no es difícil concluir que el Iluminismo que precedió a la Revolución Francesa y que se alejó de los dogmas religiosos para explicar el mundo, tuvo un antecedente singular en el debilitamiento del poder de la Iglesia con la Reforma Protestante que dividió al mundo cristiano.

El culto a la Razón y los beneficios de utilizarla a favor del progreso de la sociedad llevó a los pensadores de la Ilustración a considerar la educación como instrumento de la libertad y de la superación humana. La opresión y la miseria para esa escuela del pensamiento eran consecuencias de la ignorancia y la superstición. Por eso, el medio más eficaz para construir una sociedad mejor y gozar de una libertad plena era ilustrar a las capas más pobres de la población. Recordemos que Bolívar, que vivió en Europa a comienzos del siglo XIX cuando estaban frescas las ideas que comentamos, afirmaba: “Un pueblo ignorante es un esclavo ciego de su propia destrucción”.

Si la mente humana con su poder ilimitado es el motor de los cambios sociales y del progreso de la civilización, la persona, el individuo, depositario de esa facultad, adquiere una importancia trascendental y, por lo tanto, la filosofía ilustrada del siglo XVIII se tornó antropocéntrica e individualista. Todo gira alrededor del ser humano. La fe se traslada de Dios al hombre y hay una confianza enorme en lo que éste puede lograr: el ascenso del ser humano es continuo e inacabable. La sociedad se seculariza y la religión empieza a perder la importancia y el ascendiente que había tenido hasta entonces; se desarrolla una cultura exclusivamente laica y anticlerical.

Es en ese momento histórico cuando toma fuerza la doctrina de los derechos naturales, inherentes al ser humano, con unos enormes efectos políticos y sociales. El lema *Libertad, igualdad, fraternidad*, se convierte en una consigna que tendría resonancia universal. Y para que no hubiera duda alguna sobre el catálogo de derechos inalienables e imprescriptibles del individuo, la Asamblea Nacional Constituyente de Francia, promulga el 26 de agosto de 1789 la bien conocida *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Sin embargo, la igualdad de la que tanto se ufanaba la elite intelectual no era tan igualitaria como hubiese sido de desear y distaba de ser una igualdad plena. Los derechos que se predicaban del hombre no cobijaban a la mujer. La palabra hombre no tenía entonces la connotación amplia de ser humano que después adquirió. Fue sólo en 1791, cuando Marie Gouze, más conocida como Olympe de Gouges, escribió su famosa *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana*, que se empezó a crear conciencia sobre la igualdad de géneros. El documento contenía diez y siete artículos que parodiaban los de la Asamblea Constituyente y comenzaba inquiriendo de manera desafiante: “Hombre, ¿eres capaz de ser justo? Una mujer te hace esta pregunta.”

De todos modos, la Carta de Derechos Humanos, que recogía tesis y principios que venían siendo expuestos en libros de escritores ligados a la ciencia política desde mucho antes de la Revolución Francesa, se constituyó en una bandera de reivindicación de las clases populares y en un catálogo de aspiraciones que, por constituir derechos inalienables del individuo, justificaban la rebeldía contra cualquier sistema de gobierno que los desconociera. Más aún, su desconocimiento era equivalente a la opresión y la tiranía, contra las cuales era legítimo el alzamiento popular.

Además de consagrar como derechos naturales la libertad, la seguridad, la propiedad y la resistencia a la opresión, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, establecía en su artículo tercero: *“El principio de la soberanía reside esencialmente en la nación. Ningún cuerpo, ningún individuo puede ejercer autoridad que no emane expresamente de ella”*. Este principio constituía el golpe más duro que se le propinaba al *Ancient Régime*, al colocar el origen del poder político en el pueblo, cuyo consentimiento era lo único que podía legitimar el ejercicio de la autoridad, cualquiera que fuera la forma de gobierno, monárquico o republicano. El derecho divino de los reyes se colapsaba y daba paso al dogma de la soberanía popular, como un principio que se habría de extender a lo largo y ancho del globo terráqueo.

Habían transcurrido escasos veinte años desde el inicio de la Revolución Francesa cuando ocurren en la Península Ibérica unos hechos que tendrían profundos efectos no sólo en el mapa político de Europa sino también en el Nuevo Mundo. En 1808, aprovechando la debilidad del Rey Carlos IV y la oportunidad que el Tratado de Fontainebleau de 1807 les había abierto a las tropas francesas para que pasaran por España rumbo a Portugal, el emperador Napoleón I decide tomar control de gran parte del territorio español, cita en Bayona a Carlos IV y a su hijo Fernando VII y les impone una humillante abdicación, a favor de su hermano José Bonaparte, investido arbitrariamente como rey de España. El pueblo ibérico se levanta en armas contra el invasor y empiezan a constituirse juntas de gobierno, locales, provinciales y Suprema, que desafían y se oponen al poder ilegítimo de los usurpadores.

Las Juntas se convierten en expresión de la soberanía popular y con la lección bien aprendida de los propios franceses, según la cual sólo el consentimiento ciudadano legitima el poder político, se convierten en depositarias de la voluntad nacional. Las juntas provinciales se fusionan en una Junta Suprema Central Gubernativa, que acumuló los poderes ejecutivo y legislativo tras el vacío de poder dejado por Fernando VII y se establece inicialmente en Aranjuez, pero se va trasladando paulatinamente hacia el sur de España, en la medida que avanzaba en ese mismo sentido la ocupación napoleónica. Primero se situó en Sevilla y finalmente en Cádiz, que se convirtió en el último bastión de la soberanía española. La conformación de esas Juntas constituye el punto de partida del liberalismo burgués peninsular, cuyos principios se plasmarían en la Constitución de 1812, una de las más progresistas de su época, que se nutrió de las ideas de la Ilustración, de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y de la Constitución Francesa de 1791.

Cada Junta local, provincial o Suprema era un grito de independencia, de legítima rebeldía y de afianzamiento de la soberanía del pueblo español que no estaba dispuesto a ceder frente al poder fáctico extranjero. Por supuesto, alcanzar la anhelada independencia requería un tiempo y tendría que rubricarse con sangre en los campos de batalla. Bailén, Arapiles, Vitoria, San Marcial y finalmente Toulouse, son hitos de una gesta heroica que culminaría con la expulsión definitiva del invasor galo, en la primavera de 1814.

Entre tanto, en las colonias españolas de América una élite culta, constituida en gran medida por hijos de españoles nacidos en el Nuevo Mundo, observaba los acontecimientos de Europa que se constituyeron en un ejemplo aleccionador y una oportunidad histórica, como quiera que la atención y la prioridad de España estaban concentradas en la guerra contra Napoleón.

Las ideas de la Ilustración habían empezado a llegar a tierras americanas desde antes de la guerra de independencia española, unas veces de manera subrepticia y en otras ocasiones traídas por personas ilustradas que hacían parte de expediciones científicas o misiones culturales, auspiciadas por el denominado “despotismo ilustrado” que practicaban algunos monarcas europeos. Estos

aceptaban parcialmente las ideas filosóficas de la Ilustración pero sin renunciar a ninguno de los derechos de la Corona. *“Todo para el pueblo, pero sin el pueblo”*. Se brindaba una educación básica pero no excesiva y aceptaban el principio del Iluminismo según el cual las decisiones de los hombres estaban guiadas por la razón. Una especie de equilibrismo político para presentar una nueva imagen de las monarquías absolutas, hacerlas parecer más transigentes con el pueblo y ganarse la simpatía de los Ilustrados, de ideas más renovadoras y revolucionarias, con los cuales trataban de congraciarse.

Durante el reinado de Carlos III se organizaron y financiaron expediciones científicas en diferentes esferas de la actividad humana que buscaban un conocimiento más amplio y mejor fundamentado de la geografía, de los minerales, de la flora y de la fauna americanas. Uno de los principios de la Ilustración era fraternizar con la naturaleza que llegaban a identificar con la razón, como don natural del ser humano. Comprender la naturaleza para transformarla y ponerla al servicio de la humanidad, basados en el principio pragmático de que *“sólo lo útil merece hacerse”* y guiados por el consejo de Jeremías Bentham, de lograr *“la mayor felicidad para el mayor número de gente”*.

José Celestino Mutis fue precisamente uno de los científicos a quien Carlos III le encomendó dirigir la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, que entonces comprendía los actuales territorios de Colombia, Panamá, Venezuela y Ecuador. Mutis había llegado a Cartagena a finales de 1760 y desde 1763 había solicitado autorización para emprender un ambicioso proyecto encaminado a sistematizar científicamente la flora de dicho Reino, pero la aprobación sólo se produjo en 1783, es decir, veinte años después. Como se puede advertir, los trámites y las autorizaciones reales en esa época no eran tan rápidos como las ideas para llegar al Nuevo Mundo. El sabio gaditano cumplió su cometido y desarrolló una labor que trascendió los límites de la portentosa investigación botánica.

En efecto, antes de empezar la Expedición, Mutis fue designado, en 1762, profesor de Matemáticas en el Colegio Mayor del Rosario de Santa Fe de Bogotá y desde su cátedra como tribuna magistral empezó a esparcir las ideas de la Ilustración. Una de sus primeras tareas fue impulsar una reforma al anticuado sistema educativo que prevalecía en el Virreinato. La educación debía ser un instrumento para comprender la naturaleza y crear hombres bien formados y libres. Tenía la profunda convicción de que sin libertad no era posible ascender en la interminable escala del conocimiento.

Durante la inauguración de la cátedra de Matemáticas en el Colegio del Rosario, expuso los principios del método científico experimental, explicó el sistema heliocéntrico de Copérnico y los principios matemáticos de la filosofía natural contenidos en la obra magna de Isaac Newton, razón por la cual fue acusado ante el Tribunal de la Inquisición, que finalmente lo absolvió.

Mutis afirmaba que la verdad había que encontrarla en la naturaleza como un libro abierto, leyendo sus aleccionadoras páginas para descifrar sus arcanos. Algo similar había sostenido Galileo Galilei, a principios del siglo XVI, cuando exclamaba: *“Dios no se manifiesta menos esplendorosamente en el escenario de la naturaleza que en las páginas de las Sagradas Escrituras”*. Afirmación que por cierto le causaría problemas con la Iglesia Católica, que en su momento también llevó al sabio pisano al banquillo inquisitorial por defender las teorías de Copérnico.

Las enseñanzas de Mutis en la Nueva Granada fueron el germen intelectual de dos revoluciones: una educativa y otra científica, las cuales a su turno se convirtieron en instrumentos fundamentales de una revolución política.

El ideario de la Ilustración había calado, especialmente en la élite culta neogranadina. Un joven santafereño, de nombre Antonio Nariño, que había venido prestando sus servicios como funcionario de la Corona Española, fue uno de esos transformados por las ideas políticas que estaban en boga. Ejerciendo el cargo de alcalde regidor de Santa Fe de Bogotá, recibe a principios de 1793, de parte del Virrey don José de Ezpeleta—otro transformado— el tercer tomo del libro *Histoire de la Révolution et de l'établissement d'une Constitution en France*, en cuyas páginas 39 a 45 estaba transcrito el texto completo de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano.

Nariño tradujo al español la mencionada Declaración de Derechos, incluido su preámbulo y los publicó en su Imprenta Patriótica el domingo 15 de diciembre de 1793. Hubiera podido publicar el impreso varios meses atrás, sin embargo esperó hasta el momento en que la distribución clandestina estuviera asegurada en todo el Reino, que entonces abarcaba las Reales Audiencias de Santa Fe y Quito y la Capitanía General de Venezuela.

Tanto el Virrey como Nariño, funcionarios de la Corona, sabían que se trataba de documentos de prohibida circulación en el territorio del Imperio Español, especialmente la Declaración de los Derechos del Hombre. Por lo tanto, eran conscientes de que al leerlos y propiciar su divulgación se exponían a castigos muy severos. No obstante, se atrevieron a correr el riesgo, incluso de sus propias vidas, porque el juramento masónico que ambos habían prestado les imponía el deber de divulgar el conocimiento de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Con la Ilustración también había llegado la Masonería a América y la mayoría de la gente culta encontraba atractivos los principios de la secta secreta.

Era la primera vez que se traducía al castellano la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano. Ni siquiera en España se conocía una versión en el idioma vernáculo. La importancia del libelo era enorme. Difícilmente se podían consignar en tan pocos párrafos tantas aspiraciones del ser humano, elevadas a la categoría de derechos naturales, inalienables e imprescriptibles. El documento se regó como pólvora por el territorio de América del Sur y les dio a los movimientos independentistas del continente unas bases muy firmes de legitimidad a sus aspiraciones y una justificación a las protestas y alzamientos populares contra la autoridad que desconociera los derechos recién proclamados.

Con razón algunos historiadores sostienen que el 15 de diciembre de 1793 debe considerarse como el punto de inflexión en que el movimiento de independencia de los pueblos de América se tornó incontenible.

La ocupación napoleónica de España fue la coyuntura histórica, pero las ideas de la Ilustración ya habían germinado y el ejemplo del propio pueblo español en su heroica lucha por lograr su independencia se constituyó en un argumento irrefutable para emprender acciones similares en el continente americano. Así, a imagen y semejanza de lo que acontecía en la Península, se conformaban en las diferentes provincias del Nuevo Mundo Juntas de Gobierno, que inicialmente reclamaban una participación más equitativa de los criollos o mantuanos en las instituciones del poder político colonial, pero en el fondo lo que se buscaba era la independencia total de la Corona española.

Para defender una participación más equitativa venía como anillo al dedo el artículo sexto de Declaración, que en uno de sus enunciados reza: *“La Ley es la expresión de la voluntad general.... Todos los ciudadanos siendo iguales a sus ojos, son igualmente admisibles a todas las dignidades, puestos y empleos, sin otra distinción que la de sus talentos y virtudes”*. Y como sustento ideológico de

la ansiada independencia total, alentada por la inconformidad con las cargas tributarias onerosas y las restricciones al comercio que se imponía a las colonias, bien útil resultaba el artículo tercero que a la letra dice: *“El principio de la soberanía reside esencialmente en la nación. Ningún cuerpo, ningún individuo puede ejercer autoridad que no emane expresamente de ella”*.

La constitución de Juntas de Gobierno en América se convirtió en un fenómeno generalizado y los gritos de independencia se vinieron en cascada, con los mismos argumentos justificativos que se utilizaron en la Madre Patria a partir de 1808. La independencia entraba en cuenta regresiva, pero para materializarla todavía era necesario librar batallas y gestas memorables, donde se pudo demostrar en todos los escenarios que el sacrificio y el heroísmo son los precios que hay que pagar para alcanzar la libertad. En el transcurso de unos doce años a partir de 1810 casi toda la América del Sur lograba su independencia de España.

En síntesis, había muchas razones para independizarse, pero las ideas de la Ilustración fueron las chispas que prendieron el fuego independentista que abasaría a toda América.

Los gritos vistos desde la cumbre del Bicentenario

Hace aproximadamente doscientos años, un grupo de naciones americanas lanzaron gritos de autonomía y conquistaron su independencia política. Los protagonistas de esa gesta libertaria confiaban en el poder ilimitado de la razón para labrar el bienestar de los pueblos y en la educación como instrumento fundamental de la libertad. Dos siglos después de esos hechos memorables, es apenas lógico que nos preguntemos ¿hasta qué punto se han cumplido los sueños de los próceres? ¿Estamos muy lejos de lo que desde entonces se ambicionaba? Si la tarea sigue aún inconclusa ¿en qué aspectos se debe colocar el énfasis de la acción política y el esfuerzo ciudadano? ¿Cuáles son los desafíos de la hora actual? La respuesta a estos interrogantes debería ser la mejor forma de encarar la conmemoración del bicentenario de las independencias.

Es innegable que se ha avanzado en lo político en lo económico y en lo social. Los indicadores socioeconómicos de América Latina han mejorado de manera apreciable, especialmente en los últimos cincuenta años. Pero todavía falta mucho trecho por recorrer en el campo del desarrollo humano y para hacer partícipes a las mayorías nacionales de los beneficios del crecimiento económico que, en nuestros países, sigue siendo un privilegio de minorías.

Curiosamente, la importancia que en la época de la Ilustración se le asignaba al poder de la razón para interpretar la naturaleza y ponerla al servicio de la humanidad, se expresa hoy con otras palabras, pero en el fondo equivalen a lo mismo. Ahora se habla del conocimiento como el factor fundamental del crecimiento económico y de la generación de valor. Se trata de la misma fe en la capacidad racional del ser humano para ascender en la escala del progreso y mejorar la calidad de vida de la sociedad.

Uno de los grandes desafíos de las naciones americanas sigue siendo la democratización del conocimiento para colocarlo al alcance de los millones de personas que hoy siguen excluidas de su benéfica influencia. La educación es el factor que más contribuye a disminuir o eliminar las desigualdades humanas. Por lo mismo, para cerrar brechas en la distribución del ingreso, de la riqueza y de todos los bienes de una sociedad democrática, es indispensable universalizar la educación y ampliar las oportunidades de educarse en todos los niveles.

El esfuerzo presupuestal que la mayoría de nuestros países realiza en el campo educativo es muy limitado y no se compadece con el tamaño de las brechas que es preciso cerrar en ese

frente, ni con la necesidad de lograr, en un plazo breve, una educación de calidad acorde con los impresionantes avances de la ciencia y la tecnología.

Debemos propiciar un crecimiento económico fundamentado en el conocimiento. Para ello es urgente darle una mayor importancia en la escala de prioridades al área de la investigación científica, el desarrollo y la innovación. El impulso a lo que hoy se compendia bajo la sigla (I + D + i) debe constituir un compromiso que trascienda la esfera del sector público e incorpore también a la empresa privada y a la academia. Los solos recursos fiscales serán siempre deficientes frente a la imperiosa necesidad de alcanzar logros más significativos y más rápidos en este contexto. Una acción coordinada de los gobiernos con el sector privado y las universidades potenciaría los esfuerzos y multiplicaría sus resultados.

Cerrar la enorme brecha tecnológica e informática entre las naciones industrializadas y los países en desarrollo es uno de los grandes desafíos de lo que podríamos llamar la “Agenda del Bicentenario”.

Las tecnologías de la información y de las comunicaciones (TIC) son el equivalente de una nueva revolución científica, tan profunda e importante como la que en su tiempo realizaron Copérnico, Galileo, Newton y otros hombres de ciencia. El nuevo analfabetismo no se reduce a no saber leer y escribir, como se consideraba anteriormente. El analfabetismo de esta sociedad del conocimiento consiste en no conocer el lenguaje y las técnicas de la informática.

La información es la llave que nos abre las puertas del conocimiento y nos permite entrar a un escenario ilimitado de opciones y posibilidades del saber humano. Una simple herramienta tecnológica nos pone al alcance de bibliotecas virtuales con infinidad de volúmenes, nos despliega un sinnúmero de estudios e investigaciones realizados por los científicos más connotados del mundo, y nos transporta a los sitios más remotos, con textos, videos y sonido. Es decir, todo un diluvio de información que resulta anonadante. Por lo tanto, disponer o no de la posibilidad de acceder a estas herramientas de la tecnología moderna hace una gran diferencia. Universalizar la educación y democratizar el conocimiento en este mundo deslumbrante de velocidades electrónicas, deben interpretarse en el contexto de esta nueva realidad. Es por ello que masificar el Internet y las conexiones de banda ancha en América Latina se convierten en uno de los desafíos que es preciso encarar en la hora actual.

Por supuesto, son muchos más los frentes en que es preciso realizar un gran esfuerzo para cerrar brechas, en especial los que guardan relación con el área social, a fin de llegar a la cobertura plena en la provisión de agua potable y saneamiento básico, como condición *sine qua non* para erradicar la desnutrición y reducir las tasas de morbilidad y mortalidad infantil y materna, en nuestros países. Todos estos son desafíos que deben hacer parte de una Agenda del Bicentenario, que podría ser promovida y coordinada por la Secretaría General Iberoamericana.